

HERMANOS TESTIMONIOS DE ESPERANZA

3- ALPERT-JOSEPH OXIBAR
(PIERRE)
(1882-1979)

"Pequeño Hermano, payaso de Dios"





El rasgo más notable del carácter del Hermano Alpert era su originalidad y sus excentricidades. Por ello, los Superiores, preocupados, debían vigilarlo constantemente. A menudo lograba escabullirse. Disfrutaba divirtiendo a todos sus vecinos con sus gestos y movimientos. Pero, incluso sin hacerlo a propósito, no podía hacer nada como los demás: siempre se inventaba un camino inexplorado, siguiendo la brújula de su corazón. (Memoria del Hno. Hubert Libert =HU

26)

F. Alpert, o “Allepert”, como lo pronunciaba con su acento del sur de Francia, incluso a la edad de 90 años era un hijo del evangelio. Podía parecer extravagante, original, irrespetuoso de las convenciones, alérgico a las exterioridades y, sin embargo, dondequiera que aparecía, llegaba el arcoíris del buen humor. “Nos trajo, en este ambiente más bien serio y algo gris, momentos de sol y alegría” (F. Elias Sainz. En *Vidas Menesianas*: F. Alberto José Oxibar = Sa, p.23). No fue fácil atraparlo, ya que recorrió sus caminos libres de montaña para llegar a la meta. Pero en realidad él todavía estaba en el corazón del evangelio: era un payaso del Espíritu Santo. En él encontramos la atmósfera de las Fioretti de San Francisco, llena de sobrenaturalidad que se convierte en sencillez: es la ingenuidad del Evangelio vivido al pie de la letra.



PRIMERA PARTE:

LA CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE UN HERMANO PEQUEÑO

ORÍGENES

Pierre Oxibar nació en plena montaña de los Bajos Pirineos (actualmente Pirineos Atlánticos). Su pequeño pueblo, Camou-Cihigue, está situado en



Camou-Cihigue, pueblo nativo

un valle verde, rodeado de prados y bosques, atravesado por varios arroyos. Pierre siempre se sentirá atraído por los amplios horizontes, la vida al aire libre rodeado de naturaleza, la compañía de animales salvajes o domésticos.

El pequeño pueblo está situado entre la costa atlántica y los Altos Pirineos, cerca de las ciudades de Mauléon y Tardets, a unos cincuenta kilómetros de la frontera española. Hablamos euskera, aunque la enseñanza se imparte en francés y entendemos el castellano. Camou-Cihigue es una ciudad pequeña, con apenas 300 habitantes, pero con una familia numerosa: once hijos. Era una familia muy cristiana: el padre Jean-Pierre iba a la iglesia de Saint-Pierre a la cabeza de sus hijos. Entre los hijos de Oxibar, tres serán sacerdotes del Sagrado Corazón de Betharram (uno irá a Argentina, otro a España, otro a Siam, la actual



Iglesia de Camou

Tailandia); Dos niñas se convertirán en monjas en Bayona; El último, Pierre, entrará en los Hermanos de la Instrucción Cristiana. La familia Oxibar era muy estimada en Camou-Cihigue. Aún hoy, senderos y lugares llevan su nombre.



Parroquia de Camou

La familia cultivaba pequeñas parcelas de tierra, pero el principal recurso era la cría de un gran rebaño de ovejas y cabras. Llevar el rebaño al pasto era tarea de los niños más pequeños. Hablando de su infancia, F. Alpert dijo: «De muy pequeño, iba con mis hermanos a pastar el rebaño en los prados; sí, mantuve la costumbre de correr y saltar, sí, tanto como se quiera, ya que durante tres años —de los 10 a los 13— cuidé los rebaños y las cabras de mis padres». (Carta a F. Hubert= L.). Ciertamente una muy buena preparación para el trabajo manual y el conocimiento de la naturaleza, pero no tan favorable para la instrucción personal. Como era uno de los miembros más jóvenes de la familia, se le confió esta responsabilidad para que los demás pudieran emprender estudios. Era una vida libre y natural que amaba, pero que no le permitía dedicarse a los estudios. Deseaba haber tenido una mejor educación, pero su carrera estudiantil habría sido muy pobre: “Durante ese tiempo (como pastor), no estudié para obtener el certificado, ni sabía sobre el certificado en ese momento”.



LOS AÑOS DE FORMACIÓN

Encontramos a Pierre Oxibar a los 14 años en el juniorado de St-Jean-de-



San Juan Pie de Puerto

Pied-de-Puerto, donde comenzó sus años de formación. Quizás le hubiera gustado hacerse sacerdote como sus hermanos. Pero estaba demasiado atrasado en sus estudios y no había sido estimulado a

emprender una carrera escolar regular. Y aún así quería servir a Dios en la vida religiosa. Había respirado un ambiente fuertemente cristiano en su familia, en la parroquia, en la contemplación de las obras de Dios, en el breve catecismo que había seguido en la parroquia y en la escuela primaria a la que había asistido, aunque fuera irregularmente.

En su región, desde hacía varios años, se había establecido una Congregación de religiosos que le parecía perfectamente adecuada: el Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, fundado por el venerable Juan María de la Mennais. Había sólo Hermanos, sin sacerdocio, que se dedicaban a los niños en las escuelas; muchos de ellos se dedicaban al trabajo manual; no era necesaria una educación superior para ingresar. Nuestro Pedro no estaba dotado más que de buena voluntad, de generosidad de corazón y de manos dispuestas para todo tipo de servicio. Cualidades que habrían compensado su insuficiencia en la formación académica. En su comunidad ya había emprendido este camino y había entrado en esta Congregación un muchacho: el Hermano Elifius Bassaber, que sería uno de los valientes fundadores de la provincia de España.

Sigamos a nuestro aspirante a la vida religiosa de los Hermanos en su formación.



Lavacan

Luego regresó al juniorado de S-Jean-de-Pied-de-Port: durante un año y medio, perfeccionó su francés y aprendió los elementos básicos de las principales materias. A los 16 años tuvo que ir al Noviciado. En la provincia de Midi se

estableció en Lavacan, comunidad de Pavía. Pero fue cerrado en 1891; Los novicios son trasladados a Bretaña, a Ploërmel, donde se encuentra el Noviciado canónico. En 1898, el joven novicio Pierre parte para Bretaña: entra en el Instituto y recibe el nombre de Hermano Alpert-Joseph. Pasó el año de noviciado con el Maestro P. Longin Torlait, de venerable memoria, que sería Maestro de Novicios en Canadá: siguió las directrices del nuevo Superior General, P. Abel Gaudichon: “Formar hombres de oración y de sacrificio”. F. Alpert no siempre consiguió seguir las lecciones teóricas “no entendía mucho”, pero aprendió más fácilmente la sabiduría de los pequeños del Evangelio. ¡Después del noviciado, fue a Josselin para hacer «un breve escolasticado de 9 meses y medio!... lleno de lagunas» (L 6-1-69). El director era el Hermano Antel-Joseph Louédin, entonces muy joven, que iría a Canadá durante la dispersión de 1903. Tenía una actitud muy maternal, que compensaba un poco la brevedad e insuficiencia de los cursos.

LOS PRIMEROS AÑOS DEL HERMANO EN EL SUR

A partir de 1899, el Hermano Alpert inició su carrera docente con una preparación “llena de lagunas”, como él mismo decía. Se trata de una enseñanza en una serie de “escuelas pequeñas y clases pequeñas”, que dura muy poco, donde cumple la función de “provisional”.

Intentemos seguirlo:



- St-Denis-de-Piles: 1899 “clase pequeña”, en sección libre: una hermosa escuela, pero los vientos de la secularización la cerrarán bastante pronto.
- Corneilhan: de septiembre de 1900 a febrero de 1901: nueva escuela con 28 alumnos, en un pueblo de montaña.
- Lourdes: del 15 de febrero de 1901 al 3 de diciembre de 1901, “clase pequeña”, muy feliz de estar en el lugar de las apariciones de la Virgen Inmaculada.
- St-Jean-de-Pied-de-Port: del 3 de diciembre de 1901 al 1 de octubre de 1902, escuela con un centenar de alumnos externos, una veintena de internos y doce menores. Esta vez es un “supervisor”.
- Prades: del 3 de octubre de 1902 al 13 de diciembre de 1902. Esta escuela estaba situada en la parte sureste de los Pirineos, cerca de la ciudad de Perpiñán. Constatamos la presencia de 8 Hermanos para 2 clases: un establecimiento de tránsito para España, vistos los primeros signos de la persecución de las Congregaciones de enseñanza puesta en marcha por el gobierno de Combes. El Hermano Alpert está de paso.

- Toulouse: del 14 de diciembre de 1902 al 29 de enero de 1903. También aquí, el mismo breve paso, como supervisor, en el Colegio Le Caousou, donde los Hermanos colaboran con los Padres Jesuitas.
- St-Denis-Piles: del 28 de febrero de 1903 al 23 de mayo de 1903 regresa a la escuela donde había comenzado, pero esta vez es para dejar Francia y preparar su expatriación a España. El Hermano Abel, visitando las comunidades del Sur, entregó a los Hermanos las cartas de secularización, especificando que eran válidas sólo externamente. A partir de abril de 1903, el director dio a cada hermano 25 F al mes, más 80 para comprar ropa de civil.

(Véase EM n.47, Anales de los Hermanos del Sur, FA Aguergaray)

Ahora la persecución desatada por el gobierno francés se puso en ejecución. Para continuar su vocación, los Hermanos se encontraron ante dos opciones: continuar enseñando clandestinamente en Francia o emigrar a otros países que garantizaban una completa libertad de enseñanza, como Canadá, Haití, Egipto, Inglaterra, Estados Unidos, Europa del Este y España. Precisamente a España se dirigieron la mayor parte de los Hermanos de la Provincia de Sainte-Marie du Midi de la France, que querían permanecer fieles al Instituto.

HUMILDE COLABORADOR EN LA FUNDACIÓN DE LA PROVINCIA ESPAÑOLA: 1903-1937

El hermano Alpert formó parte del primer grupo de Hermanos que llegó a España el 13 de junio de 1903. Como siempre, fue el último de la lista en la nueva comunidad de Zugarramurdi, muy cerca de la frontera. Intentemos seguirlo mientras salta como sus cabras, de una comunidad a otra, siempre con su espíritu de adaptación y de humilde servicio.

- **Zugarramurdi:** junio 1903 – noviembre 1903. Con los demás trabaja la tierra, cuida el ganado y cocina. La casa donde se alojan los Hermanos, en extrema pobreza, está en ruinas y, además, se considera embrujada. F. Alpert no está impresionado. Habla con la gente en euskera, hace bendecir la casa y el miedo desaparece. Al notar que las brujas ya no están, el dueño



Zugarramurdi

recupera su casa y... los Hermanos deben buscar en otro sitio.

- **Lujua:** Noviembre 1903-Septiembre 1904. Los Hermanos trabajan en una granja que se dedica a la ganadería: son los primeros tiempos y ¡hay que buscarse la vida! Su amigo F. Eliphius va a Bilbao a vender leche y F. Alpert todavía se encarga de la cocina.
- **Bilbao:** Septiembre 1904-Septiembre 1906. Los Hermanos, con la ayuda del ilustre profesor Don Azkue, habían abierto un hermoso colegio, bajo el nombre de “Berrio Ochoa”, en honor de un obispo vasco martirizado en Tonkín. En septiembre de 1904 se matricularon 93 chicos: F. Alpert seguía estando en la “clase pequeña”.
- **Bermeo:** Septiembre 1906 - Septiembre. 1909. “El 17 de septiembre de 1906, en un antiguo almacén (13m x 4,50) los Hermanos Cyrille Dulac y Alpert Oxibar iniciaron las dos clases del Colegio San José de Bermeo” (EM n.48) Rápidamente se hicieron ampliaciones. F. Alpert: “clase pequeña”.
- **Munjia:** Septiembre de 1909 - Septiembre de 1912. “Los Hermanos François Lapeyre y Alpert Oxibar abrieron dos hermosas aulas para 75 alumnos en un gran hospital nuevo, todavía desocupado, bajo el nombre de St-Raphaël”. (EM n.48)

- Bilbao: Septiembre 1912 - Septiembre 1914: acompañó al Hermano Lapeyre, quien llegó a ser director de este establecimiento de más de 300 estudiantes; F. Alpert: todavía “clase pequeña”

Aquí termina la carrera docente del hermano Alpert: enseñó durante doce años: dos en Francia y diez en España, siempre dirigido a las clases populares. Echemos un vistazo al resto de su carrera.

- Nanclares de la Oca: de 1914 a 1937(excepto los dos paréntesis del “Refugio” de 1918 y 1930). El provincial, Ulysse Baron, había adquirido la vasta propiedad de un establecimiento termal, destinado a convertirse en el centro de formación de jóvenes y la casa principal de la Provincia de España. Los edificios y



Nanclares de la Oca

el terreno circundante tuvieron que adaptarse a la nueva función. La obra fue enorme y requirió de muchos trabajadores. El Hermano Alpert se convirtió en el ayudante de cocina del Hermano Polyme Drougard. Éste, bastante viejo, era un hombre muy alegre, que gustaba de expresarse en verso, muy piadoso, pero no muy dotado para la cocina, (salvo las abundantes dosis de chile). El Hermano Alpert le ayudó mucho en los primeros tiempos y luego le sustituyó en este puesto: los dos se llevaban bien y se ayudaban mutuamente en su originalidad. El Hermano Alpert era el hombre "complaciente" que se prestaba a todo. Podía con la misma facilidad ayudar en la cocina, cuidar las vacas, o ayudar al Hermano L'Anthoen en el campo o a las lavanderas a tender la ropa o recogerla. En la lista de tareas de cada persona en 1923,

aparece el siguiente texto: "Hermano Alpert-Joseph Oxibar, el manitas". (H. Gutiérrez)

Bilbao "Refugio de protección infantil": 1918-1924. Los Hermanos Escudé y Bassaber habían abierto una verdadera obra social a petición de la administración civil. Esta estructura de caridad incluía: un refugio para niños abandonados; una escuela diurna para niños cuyos padres trabajaban; un hogar para adolescentes bajo



Hogar de huérfanos

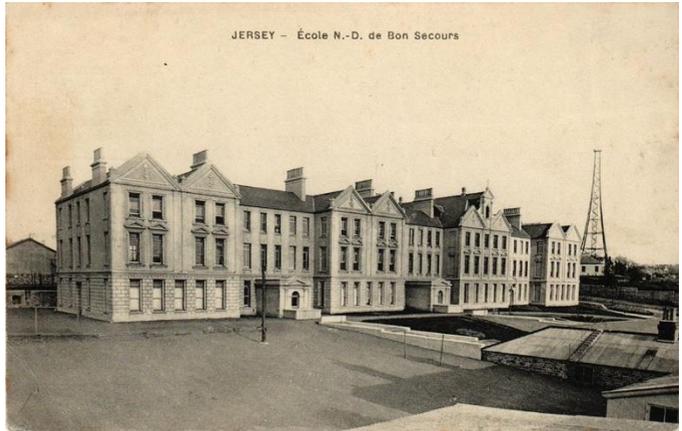
la tutela del sistema de justicia; un hogar familiar para aprendices fuera de las instituciones. Durante seis años, el Hermano Alpert trajo la calidez de su corazón maternal a este Refugio: «Estaba atento a todos con la solicitud de una madre. Mostraba a cada uno su gran cariño de forma espontánea y alegre». (SAI)

- Nanclares: 1924-1930: regreso a la Casa Madre Española para sustituir al Hermano Polyme, que había regresado a Francia.
- Bilbao, Refugio:1930-1933, con el papel de "supervisor-hermano mayor" de los niños, que ya eran muy numerosos.
- Nanclares:1933-1937, esta vez asciende de rango: se convierte en "vaquero"; Regresa a sus años de juventud como pastor de rebaños familiares. Él cuida de las vacas y otros animales: cerdos, gallinas... ¡Hay muchos jóvenes en formación y necesitan ser alimentados!
- 1937: Este es el año de la Guerra Civil Española. Los jóvenes son enviados a casa. Los Hermanos, reunidos en Nanclares, soportan las pruebas del terrible conflicto. Después de la crisis, se recuperarán lentamente: reconstruyendo escuelas, nuevos reclutas, abriendo misiones. El Hermano Alpert fue enviado a la isla de Jersey, en el Canal

de la Mancha, para servir en el Generalato. El director de esta casa es el Hermano Xavier Ménoret, quien fue su antiguo Provincial en España.

- Jersey (Inglaterra):1937-1958 En la Casa General comenzó con el título de “músico de cámara”:

realizaba todos los servicios internos de la casa. Luego trabajó sobre todo al aire libre, como Hermano “de trabajos manuales”. Es



ante todo el personaje que aporta su espíritu de ligereza y buen humor a la casa, ya sea a los numerosos jóvenes en formación o al personal de la Casa General San José.

- Josselin, Clínica St-Martin:1958-1979. En 1958 F. Alpert tenía 76 años. Estaba todavía en buena forma física y moral, pero su originalidad inquietaba un poco a los Superiores. Luego lo enviaron a la clínica para Hermanos ancianos o enfermos de Josselin: allí no descansaría, pero seguiría prestando mil servicios: «Siempre estoy con la carretilla, el rastrillo, la escoba, la pala. Estaré en Josselin hasta el fin de mis días. ¡Amén!». (L.68)

PARTE DOS:

LAS FIORETTI DEL HERMANO ALPERT

Siguiendo la tradición del Instituto, el Hno. Alpert ha seguido siendo una figura legendaria, no por sus grandes empresas, ni por su alta cultura, ni por sus grandiosas obras apostólicas, ni por sus actuaciones ascéticas... sino por su alegre sencillez. Parece como si viviera la atmósfera de los Fioretti de San Francisco y sus primeros discípulos o del Oratorio de San Felipe Neri: sencillez ingenua, alegría infantil, actitudes dictadas directamente por el corazón y no por convenciones. Se le consideraba “extravagante, excéntrico, original, ligero” (Sai). Sin embargo, estos signos exteriores eran la manifestación de un corazón lleno de afecto fraterno y de alegría comunicativa, un tanto ruidosa y perturbadora. Era alérgico a los



Quando era joven

convencionalismos y a las limitaciones, porque seguía los pasos de su corazón, impulsado por los movimientos impredecibles del Espíritu. Se relacionaba con los demás no según su rol, su jerarquía, sino como hermanos de la misma familia. Habló sin calcular sus palabras, sino desde la abundancia de su corazón. Era como los niños del Evangelio, a quienes Dios revela sus misterios, se dirigen a él informalmente y están llenos de alegría por pertenecer a su familia, felices de ser amados y de amar. Veamos algunas pequeñas pinturas de estos Fioretti menesianos.

[NOTA: Debemos estos detalles al archivista de Jersey, Br. Hubert Libert, que vivió con él durante unos veinte años y que, más allá del carácter «original e inquietante» de su colega, había adivinado la dimensión de la «santidad» sencilla y evangélica (HU: «Mis recuerdos del H. Alpert-Joseph Oxibar», enero de 1985)]

1- UN HERMANO QUE CARGA CON UNA ALEGRE CONFUSIÓN

F. Alpert gozaba de excelente salud. Trabajaba duro desde la mañana hasta la noche, pero siempre lo hacía a su manera. Subía las escaleras, a menudo corriendo, de tres en tres. Tenía el mismo modo de andar que sus cabras montesas. A paso rápido, corría por los pasillos de arriba a abajo, cantando, hablando o riendo a carcajadas, incluso cuando estaba solo.

En la atmósfera silenciosa y seria de la casa de Jersey, con sus reglas estrictas, difundía una nota de alegría y ligereza. Algunos formadores pensaron que podría perturbar la seriedad de los cursos de formación para los jóvenes religiosos. Durante este período en la casa de Nuestra Señora del Buen Socorro había 150 jóvenes en formación y otros 50 para el año de renovación. Los encuentros con el Hermano Alpert trajeron buen humor a todos.



Agradecemos al Hermano Alpert por estos momentos de alegría y sol que nos brindó en este ambiente austero y un tanto gris para nosotros los más jóvenes. Le gustaba curiosear en el “gran noviciado” para llevar una sonrisa a los Hermanos durante su exigente período de trabajo de formación. Muchas veces apretaba su nariz contra el cristal de la puerta del estudio o del comedor, saludando a todos con su gran sonrisa. El Gran Maestro del segundo noviciado, el famoso Hermano Célestin Auguste Cavaleau, lo vigilaba de cerca, y en cuanto notaba la presencia del Hermano Alpert, lo miraba con severidad. El curioso huía a toda velocidad, ¡como un demonio descubierto! (Es)

Los dos hermanos eran una pesadilla el uno para el otro. Para evitar la “mala” influencia del Hermano Alpert, el serio Gran Maestro le había prohibido cualquier contacto con los Hermanos. Pero el nuestro tenía mucho interés en hablar con los Hermanos y conocer las últimas novedades de sus Provincias. En particular le encantaba charlar con los

Hermanos españoles sobre los acontecimientos de su Provincia, donde había vivido durante tantos años. El Gran Maestro a menudo recorría los pasillos para descubrir al culpable del acto. Si el Hermano Alpert notaba la presencia del superior, echaba a correr, exclamando: "¡Me he quemado! ¡Me ha pillado!". (Su) "Pero, incluso cuando le prohibían acercarse a los jóvenes, encontraba la manera de divertirlos desde lejos: cubría sus ojos con las manos, como si fueran binoculares, para observarlos jugar en el patio". (HU)

En algunas hojas de evaluación escritas por los superiores de las comunidades donde estuvo, podemos leer: «Hermano lleno de dedicación; pero con demasiada frecuencia se involucra en lo que no le concierne directamente, con el pretexto o la intención de servir» (1939, por el P. Xavier Ménoret). Este superior lo conocía bien y lo apreciaba: «Espíritu de servicio y de familia, dedicación, relaciones con los Hermanos: «muy buenas»». El H. Alpert se sentía como un hermano en una familia: quería compartir con todos los acontecimientos, sin secretos ni noticias reservadas.

En otra valoración del nuevo superior, el Hermano Chrysante, leemos: "Original, hablador, le gusta hacer reír a los jóvenes con sus excentricidades". Lo que para algunos superiores era un defecto, "era para nosotros los jóvenes un rayo de sol y de alegría".

2- UN HERMANO PAYASO PARA ENTRETENER A DIOS Y A SUS HERMANOS



De niño, Pierre Oxibar vivió rodeado de naturaleza: los valles verdes, las laderas de las montañas, los pastos de su rebaño. Amaba la libertad de los espacios abiertos, la vida al aire libre. Este espíritu libre permaneció con él y lo hizo particularmente "natural" y original. Era muy sensible a los sentimientos, a la comunicación sincera, a las personas, al servicio concreto, al espíritu de

contemplación. Al mismo tiempo, era bastante alérgico a las convenciones, regulaciones y horarios.

Fue asignado a la limpieza de la casa San José, donde residía la Administración General. El Hermano Hubert relata su primer encuentro con el Hermano Alpert: «Vi a un Hermano, bastante mayor, con sotana y



delantal negro, que estaba terminando de barrer un pasillo. Al ver su aire sereno y su modestia, me llené de compasión y admiración... pero estoy seguro de que el Hermano Alpert ya nos tenía a todos puestos en la mira, incluso antes de que nos diéramos cuenta de

su presencia». (HU) Le gustaba especialmente trabajar al aire libre. Con la agilidad de una ardilla trepaba a los árboles para cortar ramas muertas. Pero había que estimularlo porque se perdía en la contemplación de su obra. Después de comer dormía la siesta, pero llegaba al trabajo después de la hora prevista: «Luego se escabullía. Poco después, se le oía cantar, reír o hablar en voz alta» (HU). «¡Es un hombre muy feliz y hace felices a todos!» (F. Kernaflen)

Aunque causó algunos problemas a sus superiores, era buscado por los jóvenes en formación y por sus compañeros de comunidad. En los días de fiesta o en las reuniones de los Hermanos le invitaban a cantar en castellano o en euskera: no hacía falta pedírselo dos veces y sacaba voz de tenor. Como actor alcanzó su apogeo cuando le pidieron que recitara la fábula de La Fontaine: "El lobo y el cordero". Se colocó en el centro del público: con sus



gestos, con sus variaciones en el tono de voz, con sus expresiones faciales de actor, se ganó aplausos entusiastas y risas estruendosas. Esta recitación se había hecho famosa en el Instituto y le pedían que la repitiera en todas partes, lo que hacía con placer y entusiasmo.

El rasgo más destacable de su carácter era su originalidad y sus excentricidades. Por ello, sus superiores debían vigilarlo constantemente. A menudo lograba escabullirse y escapar. Disfrutaba divirtiendo a todos sus vecinos con sus gestos y movimientos. Pero incluso sin hacerlo a propósito, no podía hacer nada como los demás. Era algo natural en él.(HU) No estaba harto de conformismo y difundía un gran espíritu de libertad de los hijos de Dios. Como decía el joven San Carlo Acutis: “Todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias”. F. Alpert siguió siendo muy original.

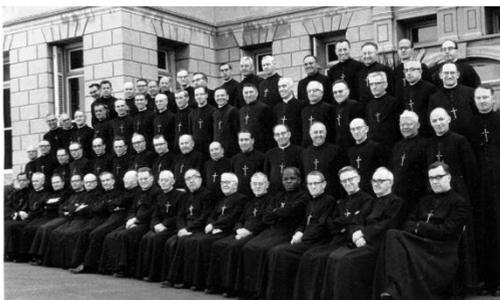
Otro momento de relax donde podía expresarse con tranquilidad era salir y pasear. Cuando todo el grupo de jóvenes salió de picnic a la playa, lo encontraron ya allí. “Estaba en traje de baño, en la playa, haciendo mil piruetas antes de darse su segundo o tercer baño: naturalmente desató la alegría de todos.” (HU) Un Hermano lo describe así: «Para ser un hombre feliz, es un hombre feliz. Cuanto más convivo con este Hermano, más me gusta. Es bondadoso, servicial, caritativo... y tiene muchas otras virtudes que aquí se aprecian». (F. Kernaflen, director de St-Martin, Josselin)

3- CON SUS OTROS HERMANOS

Nuestro Hermano estaba muy apegado a su pertenencia a una congregación religiosa. Estaba fuertemente apegado a cada Hermano, independientemente de su posición y rol: los consideraba como sus verdaderos hermanos en la familia. Tenía un venerable respeto por el hermano Célestin-Auguste, a quien siempre llamaba «el Gran Maestro», quien le imponía numerosas restricciones: le obedecía, pero al mismo tiempo iba más allá de sus prohibiciones con espíritu evangélico. Además, el Gran Maestro estaba lleno de admiración por el heroico espíritu de

servicio de su pequeño hermano fuera de las líneas. Y por su parte F. Alpert lo apreciaba mucho, concluyendo las cartas que le dirigía: “Suyo muy afectuosamente en la JMJ, F. Alpert Jh”.

En su familiaridad, podía permitirse poner apodos a todos, incluso a las autoridades del Instituto, según el dicho evangélico: “No llaméis a nadie con el título de padre o maestro, porque todos sois hermanos”. Así lo afirmó el Hno. Alpert llamó al Hno. Etienne (Superior General)



Hermanos, juntos

“el gran general”; Hermano. Hippolyte-Victor, ayudante: “el pequeño general” y el Hno. Louis-Arsène: “el gran general”.

A pesar de su espíritu de criatura del viento, era sumiso a las autoridades, o al menos lo hacía con toda su buena voluntad. Pidió a sus superiores en 1931, ante los primeros síntomas de la guerra civil: «Si las circunstancias nos obligan y podemos, quisiera someterme para permanecer en Betania...» («sumisión» subrayado). Sumiso, al menos por lo general. De hecho, el deseo de ignorarlo era demasiado fuerte. Así que recurrió a artimañas, fingiendo no haber oído o haber oído mal. (HU) Sin embargo, como el Hermano Alpert siempre estaba disponible, los Hermanos superiores directos se sintieron en condiciones de exigirle muchas tareas. “No se atrevía a negarles nada; y a veces abusaban un poco de su autoridad.” (HU) F. Alpert realizaba su trabajo sin amargura, convirtiendo todo en alegría ruidosa. Cuando lo obligaron a cambiar su trabajo de músico de cámara al de cuidador de animales domésticos, acuñó una famosa expresión: “Antes estaba a cargo del tribunal supremo, ahora estoy a cargo del tribunal inferior”. Distribuía sus juicios con un toque de humor fraternal, incluso sobre los superiores generales: «El H. Gustave Hémerly

era un sol que calentaba, mientras que el H. Etienne era un sol que quemaba» (más severo). (Es)

El P. Alpert estaba ligado a los Hermanos de su comunidad con un verdadero amor fraternal. Mantuvo una amistad muy estrecha con el archivista, Hermano Hubert Libert, quien lo comprendió y lo respetó mucho, más allá de sus excentricidades. Mantendrá una estrecha correspondencia con él cuando sea trasladado a Josselin (una veintena de cartas con cada uno). En una de ellas escribió: «No podemos olvidar al querido Hermano Hubert-Marie, este querido, muy amable, muy devoto, muy íntimo, muy desinteresado, este compañero incomparable, durante la guerra y después. Muchísimas gracias, querido Hermano Hubert. En el refectorio, durante la guerra, estábamos uno al lado del otro y ni una sola palabra, ni siquiera la más mínima despectiva, rozó nuestros labios; siempre había un cielo sereno entre tú y yo... es más, ¡conseguiste convertir al lobo en cordero, ¡viva!». Sí, es que el querido Hermano Hubert-Marie hace el bien sin hacer ruido: «Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... ¡en silencio!». ¡Viva!, buena suerte... Gracias por tu amable recuerdo de mí, ¡no merezco tanto...!» (L 13-1-1964): una carta inspirada en las palabras de San Pablo. También habla de la conversión del lobo (F. Alpert) por el cordero (F. Hubert): los superiores temían la mala influencia del lobo, pero ocurrió lo contrario, siendo también el F. Alpert un «cordero con piel de lobo».



*Hermano Ange
Eyherabide*

Entre sus grandes amigos, además del Hermano Hubert, debemos situar también al Hermano Ángel Eyhérbide. Vasco como él, tuvo una gran paciencia con el Hermano Alberto. Lo respetaba y lo seguía, y como era maestro de novicios, tenía gran influencia sobre él. Además, como enfermero oficial de la casa, a menudo recibía visitas de su colega original, especialmente después de alguna indigestión. En Jersey había un buen equipo de Hermanos que vivían

su fe en la sencillez de los pequeños del Evangelio. El Hermano Donat, trabajador incansable en su imprenta, se burlaba y estimaba mucho al Hermano Alpert. Hermano. Jean Didailler, siempre lleno de entusiasmo, animando a los jóvenes en estos tiempos de cambio; Hermano. Hubert, el cordero que “convirtió al lobo”; Hermano. Marie-Bernard, alto y fuerte, siempre trabajando en el jardín (“cada brizna de hierba es un acto de amor hacia Dios”); Hermano. Ciprio, antiguo misionero en las Montañas Rocosas, en sus caminos perfectamente limpios; Hermano Clémentin, eterno “under”: subdirector, subgerente, subdirector...; Hermano Paterne en su tractor; Hermano Angebert, el sastre atlético; Hermano Ángel, “mi gran amigo”.

Se le confió el cuidado de los Hermanos enfermos, especialmente de los más difíciles. Él los cuidaba con la ternura de una madre. Cuando al final de la guerra llegó el momento de cuidar a un Hermano enfermo, que había perdido la razón y ya no podía controlarse, el Hermano Alpert se convirtió en su enfermero día y noche, lavándolo y lavando su ropa varias veces al día y, si era necesario, durmiendo a su lado. Esto causó gran admiración en el Hermano Célestin-A., quien le había ofrecido esta tarea. Esta “profesión” de enfermero voluntario la repetirá varias veces, como por ejemplo “lavar varias veces al día a un anciano senil” (HU).

En Josselin trabajó como enfermero de noche. A veces, el Hermano Louis-Arsène, que había perdido la razón, lo llamaba varias veces. Si las llamadas se repetían con demasiada frecuencia, sabía corregir con amabilidad a su antiguo superior: «Hace unos años, fuiste tú quien me corregía; ahora me toca a mí corregirte. ¡Mantén la calma y acepta mi trato!». (Su) Le escribió al Hno. Donat: “Ahora hay dos enfermos. Ambos inconscientes. Todas las noches duermo en un sillón



grande, junto a la puerta de los dos enfermos, en el pasillo. El Hno. Evariste, mi querido, no se mueve, duerme casi todo el tiempo y al despertar, te mira con los ojos bien abiertos, pero no habla. El otro, el Hno. Ludovic, tampoco conoce a nadie, pero arma un alboroto, grita a menudo... durante el día no importa, ¡pero por la noche nos molesta muchísimo!” (L. 20-4-1958) ¡En aquel entonces el Hermano Alpert tenía 76 años!

Era un Hermano en el verdadero sentido de la palabra. Él sólo quería ver el bien a su alrededor; No soportaba la malicia. Era muy caritativo. Jamás murmuró ni una palabra contra su prójimo... Nunca le oí murmurar contra nadie: (HU) En sus cartas, al hablar de los Hermanos, los describe como prodigios y termina con su expresión habitual: ¡Viva, viva! Realmente podía cantar: “¡Oh, ¡qué bueno y qué alegre es cuando los hermanos están unidos!”

4- UN HERMANITO DE SERVICIO

En la lista de personal, F. Alpert figuraba como “manitas”. El punto culminante de su carrera docente fue: “clase pequeña”; entonces: supervisor, obrero, músico de cámara, peón de granja, empleado (para todo), pastor de vacas, enfermero voluntario... Se había hecho Hermano para enseñar, formado por su conciudadano sano el Hermano Lapeyre, uno de los fundadores de la Provincia Española. Había enseñado (en clases pequeñas) durante los primeros doce años de su vida religiosa. Posteriormente estuvo siempre a cargo de trabajos manuales, considerados no aptos para la enseñanza. De hecho, tuvo dificultades para realizar este trabajo y estaba mal preparado



para ello. De niño, en la escuela primaria, dividía su tiempo entre la escuela y el cuidado del rebaño de su padre; desde los 10 a los 13 años vivió al aire libre en las montañas, lejos de cualquier escuela. Su preparación había sido corta y superficial. Durante ese tiempo no pude estudiar ni prepararme para los exámenes. A los 14 años, en el juniorado, ¡ya era demasiado tarde! A los 15, en el noviciado (entendía poco); unos meses de escolasticado, llenos de lagunas, y de inmediato a la supervisión, aquí y allá, ¡y eso era todo, en realidad, instrucción! ¡Por suerte, ya no es así! ¡VIVA! (L. 1968).

Pero no le faltaba comprensión y sobre todo sentido común. Recordemos que de su familia procedían tres sacerdotes (del Sagrado Corazón de Betharram) y dos monjas; Él mismo no se había animado a continuar sus estudios, también por su carácter fácil y no por incapacidad alguna: “Por otra parte, tenía una letra muy cuidada, escribía en francés y español con perfecta corrección, a pesar de las considerables dificultades de ortografía, sobre todo en lengua francesa, utilizaba palabras apropiadas y muy expresivas”. (Sai)

[NOTA: Entre otras cosas, sus cartas son un espectáculo en sí mismas: están llenas de puntos suspensivos, abundan los signos de exclamación (2, 3, 4...), las palabras están subrayadas varias veces, las palabras están escritas en letras grandes, repasadas, entre comillas: ¡parece como si se

viera a sí mismo pronunciando sus mensajes en voz alta!]

No podemos conocer sus verdaderas capacidades como docente: seguramente era más bien desordenado e improvisaba mucho. Cuando le pidieron que enseñara

español a sus compañeros, fue una pérdida de tiempo debido a su confusión: “¡Era un muy mal profesor!” (HU)



Sin embargo, encontramos una página particularmente significativa de su “carrera” de educador, que nos muestra que el H. Alpert utilizó un método educativo basado en el corazón: “La educación es cosa del corazón” (Don Bosco). Fue cuando lo destinaron a Bilbao, con «Los Niños especiales del Refugio de la Protección a la Infancia»: «Esta misión le brindó la oportunidad de brindar su cariño, su bondad y su corazón lleno de ternura. De hecho, bajo una máscara bastante original, ocultaba un alma particularmente caritativa». Incluso varios años después, él mismo relató voluntariamente episodios de esta experiencia que lo habían afectado mucho y que había vivido dos veces.

Básicamente estaba reservado para el trabajo manual, a completa disposición de sus superiores, siempre según su estilo: era muy rápido y activo, pero con su propio horario. Él siempre estaba corriendo y... siempre



llegaba tarde. “Se cansó mucho porque no sabía cómo organizarse y procedía de manera desordenada”. (Su) “No rechazaba ningún servicio, no dudaba en ensuciarse las manos.

Todos los trabajos humildes, sucios y repugnantes recaían sobre él. Siempre aceptaba con alegría todas las tareas, por ejemplo, dos veces al día, retirar los desechos de la cocina, cargar el estiércol de los establos alemanes, tirar de un...*carro en las calles de la ciudad de St-Hélier, lavando* varias veces al día un anciano que se había vuelto senil...” (HU) Sus tareas eran muchas, especialmente cuando cuidaba el “corral”. “Solía empezar vaciando los desperdicios de la cocina para sus cerdos o cortando la hierba para sus conejos. Luego trabajaba al aire libre: ¡qué placer para él estar al aire libre, lejos de casa! Naturalmente, su vestimenta era acorde con su buen carácter: “Llevaba ropa de trabajo repulsivamente sucia. Cuando llegó el momento de “meterse las manos en la masa”, él fue el primero en

salir corriendo”. (HU) En Josselin hará la comparación con su estancia en Jersey: “Aquí, en Josselin, tranquilidad completa; ¡No es necesario correr mil millas, ¡VIVA! “Allí en Jersey siempre tuve las manos negras” A pesar del jabón; aquí las manos son blancas como las de un pequeño tesoro”. (L.1958) Pero en Josselin tampoco faltaba trabajo. “En Jersey siempre estaba con la carretilla, delante de la cocina, en el almacén de verduras, en el horno del querido F. Donat quitando la escoria, las cenizas, y en el gallinero con los troncos de col, el estiércol, etc. Aquí es lo mismo; siempre estoy con la carretilla y el carrito, el carbón, la leña, la sidra, las botellas, en la bodega, la escoba, el rastrillo...etc... ¡Nunca termina! ¡No hay tiempo para aburrirse, ni siquiera 1 minuto! (L.20-1-1961)

Los colegas del Hermano Alpert reconocieron sus múltiples y coloridas actuaciones. Podemos ver un eco de esto en el discurso del 50 aniversario de Vie Religieuse en 1948, celebrado en tono menor, pero con humor por el Hno Donat Alphonse. Aquí hay algunos pequeños detalles: “Los inicios de sus nuevas funciones [como cocinero] no estuvieron exentos de incidentes, pero no hubo muertes ni nadie le guardó rencor... El Superior General atendía a un Hermano bastante mayor, discreto, activo, amigo de la limpieza, el orden y el silencio. Creía encontrar en usted al hombre



que...¡¡¡estaba buscando!!!... Desde entonces te vimos, sucesiva y simultáneamente, en el gallinero, en la conejera, en la bodega, en la cocina, en el jardín, en las calles de St-Héliér y en Bon-Secours (noviciado). Gracias a tu

aptitud para los idiomas, pudiste mantener conversaciones con los Cocineros alemanes, que facilitaron enormemente el problema de alimentar a treinta conejos en tiempos de restricción...” Luego, en un tono de genuina admiración: “Me resulta imposible explicar su heroica caridad

hacia este pobre colega. Sólo Dios puede evaluar su mérito. Ahora has retomado tu trabajo habitual con el mismo entusiasmo, siempre alegre, siempre servicial. La edad (66 años) no parece disminuir de ninguna manera su actividad y agilidad. ¡Quién podría contar todos tus pasos en un solo día! “El buen Dios, que no deja sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre a sus pequeños, sin duda os prepara una hermosa corona en su Reino” (Discurso del Hermano Donat-Alphonse, 1948).

5- LA FE DE UN NIÑO DEL EVANGELIO

Contrariamente a las apariencias, el Hermano Alpert era un hombre de oración y contemplación. Sus cohermanos pueden dar testimonio: «En Jersey dejó el recuerdo de una fe sincera y una profunda vida religiosa. Este pequeño Hermano del sur, original y nervioso, nos edificó en la capilla con su intensa meditación; pasaba mucho tiempo de rodillas e inmóvil. Fuera de los momentos de oración común, se le veía a menudo en la capilla rezando el rosario o haciendo el Vía Crucis». Sabemos que siempre estaba corriendo, con su ritmo frenético, pero era sinceramente piadoso, aunque



solía llegar a los ejercicios de oración en el último minuto o tarde. La mejor prueba de su piedad es su perseverancia a pesar de la persecución de 1903, una difícil base en España y otras veinte pruebas, siendo muy joven (20

años). A veces se le veía en la capilla, o en los ejercicios comunes, para el rosario y el Vía Crucis, que hacía en movimiento. (HU) No tenía una fe demasiado intelectual; tenía dificultad para concentrarse y a menudo se distraía durante las meditaciones y los sermones. “Así que pedía a sus compañeros de trabajo que le repitieran los puntos de la oración o que

compartieran con él sus lecturas espirituales durante los paseos en sus días libres”. (Es)

En sus devociones era muy aficionado a las celebraciones externas y a las ceremonias solemnes: sabía expresar su devoción con sentimiento y participación, poniendo en ello toda su alma: novenas, procesiones, bendiciones eucarísticas, decoraciones de flores para el Corpus Christi o en los altares, penitencias cuaresmales, misas solemnes cantadas en coro... Fue su dolor, en el tiempo del primero después del Concilio, ver cómo se dejaban de lado las manifestaciones litúrgicas externas a las que era muy aficionado y en las que participaba con entusiasmo y sincera conmoción, ¡VIVA!

Se queja con disgusto en sus cartas: “¡Ahora todo está modernizado! Ya no hay procesión del Corpus Christi; ya no hay Cuaresma, ni días de ayuno, ni bendición del Santísimo Sacramento los jueves... ¿Cómo podemos reemplazar todo eso? ¿Cómo podemos aumentar la “Fe”? (Subrayado)” (L. 1969). “¿Cómo podemos progresar... con tanto modernismo y tanto secularismo? ¡Todo se suprime, con el pretexto de ser obsoleto, anticuado, anticuado, anticuado! ¡Así no es como vamos a progresar!” (L. 1970)

Él personalmente, en su sencillez, había encontrado el verdadero camino del “progreso”. En respuesta al Hermano Hubert, escribió: «Le ofrezco los magníficos deseos de felicidad en Dios, salud y paz que usted me ofrece, para que pueda progresar cada vez más en la santidad... ¡que es el deber de todo religioso! ¡VIVA!». (L. 1970)

6- HUMILDAD Y SENCILLEZ DE UN HERMANO PEQUEÑO

Quizás la característica más obvia, pero también la más difícil de entender, era su humildad. Uno podría cambiar su originalidad por el deseo de ser el centro de atención. En ese momento, sus superiores, preocupados, tenían que vigilarlo constantemente. A menudo lograba escabullirse y escapar. Pero he aquí la razón: "Le gustaba divertir a todos sus vecinos con sus gestos y movimientos". (HU) Obediente y delicado con sus superiores,

oraba para obtener la bendición de Dios sobre sus pesadas responsabilidades. Pero al mismo tiempo, tenía una actitud fraternal hacia ellos. Por una parte les perturbaban sus extravagancias, por otra les concedía el don de la risa alegre en medio de sus preocupaciones. Él llevaba la alegría y la imprevisibilidad del viento del Espíritu Santo, que no se puede saber de dónde viene ni a dónde va. Se vio a sí mismo como un niño pequeño en los brazos de Dios. Para él era un honor mostrar su ignorancia y su falta de cualidades brillantes. Responde al Hno. El P. Hubert, que le había enviado una carta de felicitación: «Recibí tu grandiosa y fantástica carta (que no esperaba), gracias por haberle hecho enojar al H. Alpert... Que Dios te bendiga... ¡Qué frases altisonantes y qué palabras tan sonoras me dices!... Ahora sabes muy bien que no hay nada de cierto en todo lo que me dices, pero continúa, mientras se diga eso, la mosca no pica... Si hubiera estudiado un poco, quizá se podría creer que hay algo de cierto, pero en mi infancia [...] Durante 20 años has visto que no era nada, que no tenía nada, que no valía nada, que no era capaz de nada, pero ¡VIVA, VVVIVA! ¡Querido H. Hubert! (L. Febrero de 1968) Acentos que acercan a nuestro pequeño Hermano a la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús. Y estas no eran palabras falsas. No era capaz de decir mentiras. Estaba convencido de que era de poca importancia, un «Hermanito de nada», para ser a su entera disposición, para tapar los agujeros, para llevar su alegría allí donde la obediencia le llamara. Se sentía como el siervo "inútil" del evangelio que simplemente hacía lo que debía hacer. Además, si él no estaba allí [en Jersey], era casi mejor para todos: "Hice bien en irme de Jersey. ¡Ya ves que después de mi partida todo va de maravilla! Ahora hay un calentador de agua a gas en el horno hirviendo: ¡se acabó el carbón, el polvo, el correr a las seis de la mañana, los accidentes! Se acabó la "picadura de la mosca" [él mismo]... todos estos pequeños cambios no son despreciables... Y, por último, el más grande: ya no hay necesidad de "exorcizar" a Alpert, ni en los pasillos, ni en ninguno de los dos noviciados... ¡qué paz, qué tranquilidad, qué silencio, qué felicidad por todas partes! También me gustaría ver las nuevas lavadoras... ¡VIVA!" (L.20-1-1961)



Jersey

Se dio cuenta de que tenía una mentalidad muy simple: no sabía hacer grandes planes ni elaborar argumentos complicados. Así que pidió ser iluminado, a su manera: “El querido Hermano Donat me recomendó varias veces: Si alguno de

ustedes carece de sabiduría, que se la pida a Dios... Yo le pedí a Dios... ¡pero no gané!” Sin embargo, en su sencillez, emitió sentencias muy juiciosas, fruto de su experiencia y de sus observaciones fraternales. Ejemplos: «Cuando dos Hermanos mayores viven juntos, ¡es inevitable que terminen peleándose! En comunidad, uno nunca debe enfrentarse solo a todos, porque al final siempre se equivoca» (HU, quien concluye: «He visto la verdad de esto muchas veces»). Lo mismo ocurre con sus observaciones sobre la situación de la Iglesia: «En 1905, el gobierno francés votó a favor de la separación de la Iglesia y el Estado. Hasta entonces, los domingos, en la Misa Mayor, en la comunión, todos cantaban a viva voz, a pleno pulmón. Domine salvum fac, y yo también, con ellos y como ellos... a pleno pulmón. En 1905, en la votación, cesó. Ahora, en 1970, le toca al Papa (Pablo VI): Domine, salvum fac, servo tuo Paule et exaudi nos in die, qua invocaverimus te». Añade una intención familiar: «Y para el Capítulo. «Domine salvum fac servos tuos, Elisée-Rannou et Chapitre et exaudi nos...». Continué con esto todos los días hasta Pascua. Vi en un libro: «¡Y la oración, qué poder!». (L.2-2-70)



El Hermano Alpert tenía varias formas de presentarse. Era el “pequeño diablo” que los superiores tenían que exorcizar. Él era el pequeño “nada” que no podía hacer nada. Era la “mosca molesta” que no sabía picar. Él era el “lobo” que daba mal ejemplo,

pero que contagiaba su alegría por todas partes. Él fue el bufón en las manos del Padre para alegría de sus Hermanos. F. Hubert, su gran amigo, le escribió poco después de entrar en la casa de San Martín: «Me escribes: ¡La mosca ya no pica! ¿Está aplastada? Es buena señal: demuestra que avanzas en la perfección y que vas a convertirte en santo. ¡San Oxibar! Mucho mejor, querido amigo, santifiquémonos, porque el tiempo apremia y nos queda poco tiempo en esta tierra... Me alegra que hayas retomado tu profesión de manitas, es decir, de hombre dispuesto a servir a todos, especialmente a los enfermos y a los ancianos venerados que te rodean. «¡Todo lo que les haces, se lo haces a Cristo!» (L. HU)

1958) Fue el mismo pensamiento del Hermano Alpert: “Me ofrecéis magníficos votos... para que pueda progresar cada vez más en la santidad, que es el deber de todo religioso”. (L.1970)

7- LA “SANTIDAD” DE UN NIÑO EVANGÉLICO

Ciertamente, el Hermano Alpert interpretaba la santidad a su manera y, junto a su generosidad en el servicio, su espíritu fraterno, su alegría contagiosa, su fervor en la oración, no estaba exento de defectos como todos. Por ejemplo, «comía mucho, y no le quedaba más remedio, ya que siempre estaba corriendo, pasando el día entero en movimiento. Incluso comía entre comidas. Pero sus excesos lo cansaban mucho y a menudo se sentía mal. Por suerte, el hermano Ángel y la enfermería no estaban lejos». (HU) F. Hubert le señala con humor que, tras su partida de Jersey, «ya no encontramos voluntarios para lavar los platos, las puertas se cierran con

más suavidad, la paz reina en la casa, ¡los superiores ya no están al acecho para evitar pequeñas revoluciones! Pero también, cuando necesitamos un servicio, miramos a nuestro alrededor: ¡ya no está F. Alpert!». (L. HU Mayo 1958) Y luego, de vez en cuando, tenía ataques de ira, especialmente cuando se cuestionaba su sinceridad. Acusado de robar un huevo, ya no quería poner un pie en la cocina. Cuando los soldados alemanes le robaron los conejos que había criado para Navidad, ¡sus palabras contra los ladrones no fueron amables! Cuando su hermano misionero en Argentina no logró reunirse con el Superior General, el Hermano Gustave, ¡le envió maldiciones bíblicas! ¡Que mi hermano no se dignara a responder a la



invitación del Reverendo Hermano! ¡Es demasiado! ¡Malditas ocupaciones! ¡Malditos obstáculos! ¡Maldita cobardía! ¡Maldita negligencia! ¡Maldita mala voluntad! ¿Cómo puedo enmendarlo? ¡Es demasiado! ¡Le dije todo esto sin más! ¡A ver qué dice! ¡Sus excusas! (L.1951) Era la santa cólera del inocente, que no soporta la injusticia y todo lo ve con ojos claros y sin malicia.

Él difundió el buen humor a su manera. Hablaba mucho mientras caminaba (pero poco en el refectorio), repitiendo a menudo lo mismo. Era alegre y tenía un gran sentido del humor. Le gustaban los juegos de palabras y los chistes, pero los suyos eran bastante aburridos. Un poco torpe, a veces tenía que rumiar durante horas para entender un comentario ingenioso o un chiste de un colega; cuando lo había entendido, se echaba a reír a carcajadas, por la tarde o por la noche. Como aquella vez que tuvo que adivinar la diferencia entre Saint-Malo y una cerda: «¡Saint-Malo es un puerto marítimo y la cerda es una madre de cerdos!» ¡Se dice que se le oyó reír durante buena parte de la noche!

Por cierto, el Hno. Alpert era muy parecido a los niños del Evangelio que bailan y lloran en la plaza, que trepan a los árboles y gritan a todo pulmón: ¡Hosanna a Jesús, que continuamente ven el rostro del Padre, a quien Dios revela los misterios del Reino, que son los primeros en entrar al Cielo!... «Un hermano testimonia que el Hno. Alpert tenía alma de niño y que precisamente el Reino de los Cielos pertenece a quienes son como niños, a quienes son sencillos, a quienes son humildes. Su compromiso al servicio de Dios y de sus Hermanos es el resumen de la Ley y los Profetas». (Es)

Un episodio puede ilustrar bien esta afirmación. Aquí está: “Está en la comunidad de Josselin. Quisiera coser un botón en su camisa, pero no tiene hilo. Como no quiere molestar a las monjas, piensa en comprarlo en una tienda del pueblo. El problema es que no tiene dinero. No se desanima. Va al huerto, coge una hermosa pera madura, la adorna con papel y va a la tienda. Simplemente explica lo que necesita y ofrece este intercambio en especie. El comerciante, al principio sorprendido por su ingenuidad, comprende y admira de inmediato el ingenio de este “Hermanito santo” y acepta el “trato”. ¡F. Alpert, un niño de Dios!

De niño fue más allá de las convenciones y trató a todos como seres humanos. Durante la guerra, cuando la isla inglesa de Jersey fue ocupada por las fuerzas armadas alemanas, no tuvo miedo de visitar los locales donde residían los soldados “enemigos”, especialmente las cocinas. A menudo rondaba por las cocinas debido a su trabajo. A la gente no le gustaba verlo conversar con un soldado alemán (¡los dos se entendían, uno sin saber el idioma del otro!). Llevaba restos de comida o estiércol, empujando su carreta por las calles de la ciudad. De vez en cuando, aceptaba con evidente placer un buen trozo de carne del cocinero alemán, que devoraba en el acto. (HU) “Estad alegres, os lo repito: estad siempre alegres.” Y también como Don Bosco: “La santidad consiste en estar muy alegres y cumplir con el propio deber”.

8- UN DESEO ARDIENTE POR EL CIELO

El Hermano Alpert pasó los últimos años de su vida (¡21!) en la residencia de ancianos para Hermanos ancianos o enfermos. Estaba bien allí como en



otros lugares. Se encontraba bien en todas partes: para él la casa St-Martin era «un paraíso terrenal». Gracias a su salud de hierro (apoyada por una dieta más que abundante), prestó un número increíble de

servicios. El Hermano Hubert escribió: «Me alegro de que hayas regresado a tu profesión de manitas, dispuesto a servir a todos». Él responde: «Aquí en Josselin, siempre estoy con la carretilla, el carbón, la leña, las botellas, la escoba, el rastrillo...: ¡nunca se acaba!». O también: «Siempre estoy haciendo trabajos esporádicos, por todas partes; ¡así que no tengo tiempo para aburrirme ni un minuto! Como en Jersey, sigo corriendo (¡a los 82 años!), sigo saltando y subiendo las escaleras brincando. Sigue yendo muy bien, pero ¿cuánto durará?». (L.1972)

Durante estos largos años difundió su buen humor entre los Hermanos de la casa, a menudo enfermos o cansados, después de una vida dedicada a la educación e instrucción de niños y jóvenes. Tuvo la gran satisfacción de poder reencontrarse, después de tantos años, con su familia de origen y con los Hermanos de la provincia de España. Realizó viajes que relató con entusiasmo: a Camou-Cihigue con su familia, a Bayona y a Lourdes con sus hermanos misioneros y sus hermanas religiosas; en las comunidades españolas, donde había vivido sus primeros años de vida religiosa. Hay que

decir que tenía un gran amor por España: le encantaba hablar español, Indagaba sobre noticias de la Provincia, hablaba con los Hermanos españoles llegados a Jersey o a Francia. Gritó su “grito de guerra” por todas partes: ¡VIVA ESPAÑA, VIVA, VIVA! Lo escribió según su pronunciación: ¡BIBA, BIBA! Y lo hizo resonar en todas partes: era su señal de reconocimiento.

Con el paso de los años, su salud de hierro empezó a mostrar signos de debilidad: cataratas, operación de próstata a los 90 años... pero siempre en movimiento. Él era muy consciente de que el Cielo se acercaba también para él. Al recordar la muerte de los Hermanos que había conocido en su larga vida, concluyó: "¡Eso es lo que somos! No soy más que un viejo roció de 87 años. Mi tiempo ya pasó y pido a Dios cada día: un ardiente deseo del Cielo... un verdadero



en Josselin

deseo del Cielo... ¿Pero para cuándo? De momento todo va de maravilla... ¡Biba! ¡Pero con tan poco se puede sufrir una desgracia!" (L.29-10-1968) Al anunciar la muerte de su hermano misionero en Tailandia, escribió: «Tras la operación intestinal, solo le quedaba prepararse para morir generosamente como había vivido. Fue la tarde de la Candelaria cuando Nuestra Señora vino a buscarlo y se lo llevó». (L.19-2.1964)

Nuestra Señora vino también a buscar al Hermano Alpert: fue el 9 de mayo de 1979, mes dedicado a la Santísima Virgen. Seguramente subió al Cielo corriendo, subiendo los escalones de tres en tres, acompañado de sus cabras Camou-Cihihue que subían las montañas. En el Paraíso lo esperaban Dios y los Santos para reír con él, que no sabía hacer “nada importante”, pero que esparcía un rayo de felicidad por donde pasaba. La fuente de esta felicidad en su corazón se encontró: «Era un hombre, un hombre religioso,

un Hermano feliz. Cocinar, limpiar, criar cerdos, gallinas, prestar los servicios más repulsivos... son ocupaciones comúnmente consideradas humildes, reservadas para gente de poca importancia y algo ingenua». (Su Hermano Alpert se posicionó más allá de convenciones, carreras,



En Josselin por sus 80 años de vida religiosa

jerarquías, apariencias. Iba directo al corazón, como los niños llenos de asombro, como los pequeños Reyes Magos del Evangelio, como los payasos que desenmascaran lo que es falso, como los siervos que son los verdaderos reyes, porque en el Reino los más grandes son los más pequeños, como los niños, que Jesús pone en el centro. Hay un acrónimo que el Hermano Alpert pone al final de sus cartas: "JMJ", que significa: Jesús, María, José, es decir el pueblo del Evangelio que había impreso en su corazón.

FUENTES

- Hermano Elías Sainz (Sai) “H. Alperto José Oxibar” en Vidas Menesianas, Nanclares, 1988
- F. Hubert-Marie Libert “Mis recuerdos del hermano Alpert-Joseph (Pierre Oxibar) 1985, manuscrito
- TARJETA PERSONAL, Archivo de los Hermanos IC Roma, con cartas escritas por el Hermano Alpert y cartas recibidas por él (especialmente del Hermano Hubert, archivista)
- Hoja del currículum personal del Hermano Alpert, con el discurso del 50 y algunas cartas
- EM n. 47, FA Aguergaray, “Anales de los Hermanos del Sur”, primera parte: comunidades de Francia, 2015
- EM n. 48, FA Aguergaray, “Anales de los Hermanos del Sur”, segunda parte: comunidades de España, 2015
- EM n.50, FM Gutiérrez: “La FIC, 100 años de presencia en Nanclares de la Oca”, primera parte, 2017
- EM n.51, FM Gutiérrez, “El FIC, 100 años de presencia en Nanclares de la Oca” segunda parte, 2017
- Crónica de los Hermanos n. 173, 1-5-1948, págs. 386-387
- ARCHIVOS HISTÓRICOS 1903-1928, “FIC Congregación de Hermanos de Ploërmel”, 1928
- Lista de personal de 1904 a 1938, Archivos FIC de Roma